

El Vagabundo

Por

Kahlil Gibran

***Free*editorial** 

El Vagabundo

Lo encontré en la encrucijada de dos caminos. El hombre con apenas un bastón. Cubría sus ropas con una capa y su rostro con un velo de tristeza.

Nos saludamos el uno al otro y yo le dije: —Ven a mi casa y sé mi huésped.

Y él, vino.

Mi mujer y mis hijos nos espetaban en la puerta de la casa y él les sonrió y ellos estuvieron contentos de su llegada. Después nos sentamos a la mesa. Y todos nos sentimos felices, con el hombre y con el halo de silencio y de misterio que lo envolvía.

Y, luego de cenar, nos reunimos frente al fuego y yo lo interrogué acerca de sus peregrinaciones.

Y nos contó muchas historias durante aquella noche. Y también al día siguiente.

Las historias, que yo he registrado aquí, son fruto de la amargura de sus días, aunque él nunca se mostró amargado. Y están escritas con el polvo del camino.

Cuando nos dejó, tres días después, no lo sentíamos ya como un huésped que había partido sino, más bien, como uno de nosotros, que estaba en el jardín y que aún no había entrado.

Vestiduras

Cierto día Belleza y Fealdad se encontraron a orillas del mar. Y se dijeron:

—Bañémonos en el mar.

Entonces se desvistieron y nadaron en las aguas. Instantes más tarde Fealdad regresó a la costa y se vistió con las ropas de Belleza, y luego partió.

Belleza también salió del mar, pero no halló sus vestiduras, y era demasiado tímida para quedarse desnuda, así que se vistió con las ropas de Fealdad. Y Belleza también siguió su camino.

Y hasta hoy día hombres y mujeres confunden una con la otra.

Sin embargo, algunos hay que contemplan el rostro de Belleza y saben que

no lleva sus vestiduras. Y algunos otros que conocen el rostro de Fealdad, y sus ropas, no lo ocultan a sus ojos.

Canción de amor

Cierta vez, un poeta, escribió una hermosa canción de amor. E hizo muchas copias y las envió a sus amigos y conocidos; hombres y mujeres y, también, a una joven que había visto, tan sólo una vez y que vivía más allá de las montañas. Y, cuando pasaron dos o tres días, vino un mensajero de parte de la joven, trayendo una carta. Y la carta decía: "Déjame decirte que estoy profundamente conmovida por la canción de amor que escribiste para mí. Ven pronto y habla con mis padres para tratar los preparativos de la boda".

Y el poeta respondió, diciendo en su carta:

"Amiga mía, la canción que le envié no era sino una canción de amor brotada del corazón de un poeta, cantada por todo hombre y a toda cualquier mujer".

Y ella le escribió a su vez, diciendo: "¡Hipócrita y mentiroso! ¡Desde hoy, hasta el día en que me entierren, odiaré a todos los poetas por su causa!"

Lágrimas y risas

Una noche, a orillas del Nilo, una hiena se encontró con un cocodrilo. Ambos se detuvieron y se saludaron. La hiena dijo:

—¿Cómo vas pasando el día, Señor?

—Muy mal —respondió el cocodrilo—. A veces, en mi dolor y tristeza, lloro. Y entonces las criaturas dicen: "Son lágrimas de cocodrilo". Y eso me hiere mucho más de lo que podría contar.

Entonces la hiena dijo:

—Hablas de tu dolor y de tu tristeza, pero, piensa por un momento en mí. Contemplo la belleza del mundo, sus maravillas y sus milagros y, llena de alegría, río, como ríen los días. Y los pobladores de la selva dicen: "No es sino la risa de una hiena".

En la feria

Desde la campiña llegó a la Feria una niña muy bonita. En su rostro había un lirio y una rosa. Había ocaso en su cabello, y el amanecer sonreía en sus labios.

Ni bien la hermosa extranjera apareció ante sus ojos, los jóvenes se asomaron y la rodearon. Uno deseaba bailar con ella, y otro día cortar una torta en su honor. Y todos deseaban besar su mejilla. Después de todo, ¿no se trataba acaso de una Bella Feria?

Mas la niña se sorprendió y molestó, y pensó mal de los jóvenes. Los reprendió y encima golpeó en la cara a uno o dos de ellos. Luego huyó.

En el camino a casa, aquella tarde, decía en su corazón: "Estoy disgustada. ¡Que groseros y mal educados son estos hombres! Sobrepasan toda paciencia".

Y pasó un año, durante el cual la hermosa niña pensó mucho en Ferias y hombres. Entonces regresó a la Feria con el lirio y la rosa en el rostro, el ocaso en su cabello y la sonrisa del amanecer en sus labios.

Pero ahora los jóvenes viéndola, le dieron la espalda. Y permaneció todo el día ignorada y sola.

Y, al atardecer, mientras marchaba camino a su casa, lloraba en su corazón: "Estoy disgustada. ¡Que groseros y mal educados son estos hombres! Sobrepasan toda paciencia".

Las dos princesas

En la ciudad de Shawakis vivía un príncipe amado por todos, hombres, mujeres y niños. aún los animales del campo se acercaban a él para saludarle.

Sin embargo, la gente decía que su esposa, no lo amaba, y aún más, que lo odiaba.

Cierto día, la princesa de una ciudad vecina llegó a visitar a la princesa de Shawakis. Y, sentadas, conversaron, y sus palabras derivaron hacia sus esposos.

La princesa de Shawakis dijo con pasión:

—Envidio tu felicidad con el príncipe, tu esposo, a pesar de tantos años de matrimonio. Yo odio a mi esposo, no me pertenece a mí sola y soy la más infeliz de las mujeres.

La princesa de visita, mirándola, dijo:

—Amiga mía, la verdad es que tú amas a tu esposo. Sí, y aún sientes por él una pasión viva. Y eso es vida para una mujer, como la primavera para un jardín. En cambio, apiádate de mí y de mi esposo, pues nos soportamos en paciente silencio. Y, sin embargo, tú y los otros consideran a eso felicidad.

El relámpago

Un día de tormenta estaba un obispo cristiano en su catedral, y se le acercó una mujer no cristiana y dijo:

—Yo no soy cristiana. ¿Existe salvación del fuego del infierno para mí?

El obispo miró y respondió:

—No, sólo se salvan los bautizados en el agua y en el espíritu.

Y mientras aún hablaba, un rayo cayó con estruendo sobre la catedral, y ésta fue invadida por el fuego.

Y los hombres de la ciudad llegaron corriendo y salvaron a la mujer, pero el obispo se consumió, alimento del fuego.

El ermitaño

Cierta vez vivió un ermitaño en medio de las verdes colinas. Era puro de espíritu y blando de corazón. Y todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo se llegaban hasta él en parejas, y él les hablaba. Lo escuchaban alegremente, reuniéndose junto a él, y no partían hasta la noche, momento en que el ermitaño los despedía, confiándolos al viento y al bosque con su bendición.

Una tarde, mientras hablaba acerca del amor, un leopardo levantó la cabeza y dijo al ermitaño:

—Nos hablas del amor. Dinos, Señor, ¿dónde está tu compañera?

—No tengo compañera —contestó el ermitaño.

Entonces un gran grito de sorpresa se elevó del coro de bestias y aves, y comenzaron a decirse unos a otros:

—¿Cómo puede él hablarnos sobre el amor y el compañerismo cuando él

mismo no sabe nada acerca de ello?

Y, lentamente, con actitud desdeñosa lo abandonaron. Aquella noche el ermitaño se echó sobre su estera, el rostro hacia la tierra, y lloró amargamente y golpeó las manos contra su pecho.

Dos seres iguales

Cierto día, el profeta Sharía encontró una niña en un jardín. Y la niña dijo:

—Buen día tengas, Señor.

Y el profeta respondió:

—Buendía para ti, Señora. —Y después de un instante agregó: —Veo que estás sola.

Entonces la criatura dijo, riendo encantada:

—Me llevó mucho tiempo perder a mi aya. Ella piensa que estoy detrás de aquel cerco. ¿Pero, no ves que estoy aquí? —Después, miró hacia el profeta y habló nuevamente —Tú también estás solo. ¿Qué hiciste con tu aya?

—Mi caso es diferente —respondió el profeta—. En verdad, no puedo perderla con frecuencia. Pero hoy, cuando vine a este jardín, ella me estaba buscando detrás de aquel cerco. La niña, batiendo palmas gritó:

— ¡Entonces eres como yo! ¿No es bueno estar perdido? —Y después pregunto: —¿Quién eres tú?

—Me llaman el profeta Sharía. ¿Y, dime, quién eres tú? —respondió el hombre.

—Soy solamente yo —dijo la niña y mi aya me está buscando sin saber que estoy aquí.

Entonces el profeta miró hacia el espacio y dijo:

—Yo también hui de mi aya por un instante. Pero ella me encontrará.

—Sé que mi aya también me encontrará —dijo la niña.

Y en aquel momento se oyó la voz de una mujer llamando por su nombre a la niña.

—¿Ves? —dijo la criatura—, yo te dije que ella me encontraría.

Y en ese mismo instante, otra voz se oyó decir: "¿Dónde estás, Sharía?"

Y el profeta dijo:

—Ves, hija mía, me han encontrado también a mí. —Y mirando hacia lo alto, Sharía respondió: —Heme aquí.

La perla

Dijo una ostra a otra ostra vecina:

—Siento un gran dolor dentro de mí. Es pesado y redondo y me lastima.

Y la otra ostra replicó con arrogante complacencia:

—Alabados sean los cielos y el mar. Yo no siento dolor dentro de mí. Me siento bien e intacta por dentro y por fuera.

En ese momento, un cangrejo que por allí pasaba escuchó a las dos ostras, y dijo a la que estaba bien por dentro y por fuera:

—Sí, te sientes bien e intacta; mas él dolor que soporta tu vecina es una perla de inigualable belleza.

Cuerpo y alma

Un hombre y una mujer se sentaron junto a una ventana abierta a la primavera. Se sentaron uno junto al otro. Y la mujer dijo:

—Te amo. Eres bello y rico, y estás siempre bien ataviado.

Y el hombre, dijo:

—Te amo. Eres un bello pensamiento, algo demasiado etéreo para sostenerlo en la mano, y una canción en mis sueños. Mas, la mujer se levantó con furia y replicó:

—Señor, por favor dejadme ya. No soy un pensamiento, ni una cosa que pasa por tus sueños. Soy una mujer. Preferiría que me desearas como esposa y madre de niños no nacidos aún.

Y se separaron.

Y el hombre hablaba en su corazón: "He aquí otro sueño que se convierte en humo".

Y la mujer decía: "Bien. ¿Y qué decir de un hombre que se convierte en humo y sueños?"

El rey

La gente del Reino de Sadik rodeó el palacio de su rey gritando en rebelión contra él. Y el rey descendió la escalera del palacio portando su corona en una mano y su cetro en la otra. La majestuosidad de su presencia silenció a la multitud, y, deteniéndose frente a ellos, dijo:

—Amigos míos, puesto que no sois más mis súbditos he aquí que restituyo mi corona y mi cetro. Seré uno de vosotros. Soy solamente un hombre más, como tal trabajaré junto a vosotros y nuestra tierra crecerá mejor. No existe necesidad de un rey. Vayamos, pues, a los campos y viñedos y trabajaremos lado a lado. Sólo debéis indicarme a qué prado o viñado debo dirigirme. Todos vosotros sois ahora el rey.

Y el pueblo se maravilló, y el silencio los cubrió; pues el rey, a quien juzgaran la causa de su descontento, les restituía la corona y el cetro, y se transformaba en uno de ellos.

Luego todos y cada uno siguieron su camino, y el rey se dirigió al prado acompañado por un hombre.

Mas, el Reino de Sadik no marchaba sin un rey, y el velo de descontento aún permanecía sobre la tierra. La gente gritaba en el mercado diciendo que debían ser gobernados y que debían tener un rey que los dirigiera. Y los ancianos y los jóvenes decían al unísono:

—Tendremos nuestro rey.

Y buscaron al rey y lo encontraron afanándose en el campo, y lo llevaron hasta su trono devolviéndole la corona y el cetro. Y así hablaron:

—Ahora gobiérnanos con grandeza y justicia.

Entonces llegaron hasta su presencia hombres y mujeres para hablarle sobre un barón que los maltrataba y de quien eran sólo esclavos. De inmediato el rey llamó al barón ;junto a él y le dijo:

—La vida de un hombre pesa como la vida de cualquier otro en la escala de Dios. Y porque tú no sabes pesar la vida de quienes trabajan tus tierras y tus viñedos quedas desterrado y abandonarás este reino para siempre.

Al día siguiente llegó otro grupo hasta el rey y habló de la cruel condesa del otro lado de las colinas, y de cómo los había conducido a la miseria. De inmediato la condesa fue traída hasta la corte y el rey también la sentenció al destierro diciendo:

—Aquéllos que labran nuestros campos y cuidan nuestros viñedos son más

nobles que nosotros, quienes comemos el pan preparado por ellos y bebemos el vino de sus lagares. Y porque tú no lo sabes, dejarás esta tierra y vivirás lejos de este reino.

Luego vinieron hombres y mujeres diciendo que el obispo les hacía traer piedras y esculpir las para la catedral, mas no les había pagado pese a que el cofre del obispo se hallaba repleto de oro y plata, mientras ellos mismos se encontraban vacíos y hambrientos.

El rey requirió la presencia del obispo, y cuando lo tuvo frente a sí, dijo:

—Esa cruz que usas sobre tu pecho debería significar dar vida a la vida. Mas, tú has tomado la vida y devuelto nada, por lo que abandonarás este reino para nunca regresar.

Y así cada día, hasta el tiempo de luna llena, hombres y mujeres llegaban hasta el rey para contarle sobre las cargas que pesaban sobre ellos. Y cada día, y todos los días de una luna entera, algún opresor era exiliado de esta tierra.

El pueblo de Sadik estaba maravillado, y había alegría en sus corazones.

Y cierto día los ancianos y los jóvenes rodearon la torre del rey y pidieron por él. El descendió llevando la corona en una mano y el cetro en la otra.

—Y ahora —les dijo—, ¿qué queréis de mí? Tened, os devuelvo lo que vosotros deseasteis que yo tuviera.

— ¡No, no! —gritaron ellos—. Tú eres nuestro legítimo rey. Has limpiado la tierra de víboras y reducidos los lobos a la nada. Hemos venido a cantarte nuestro agradecimiento. La corona es vuestra en majestad y el cetro es vuestro en gloria.

— ¡Yo no! —respondió el rey—. ¡Yo no! Vosotros mismos sois el rey. Cuando me juzgaron incapaz y mal gobernante, vosotros mismos erais incapaces e ingobernables. Y ahora la tierra crece bien porque está en vuestra voluntad el hacerlo. Yo no existo sino en vuestras acciones. No existe una persona gobernante. Existen sólo los que se gobiernan a sí mismos. El rey retornó a la torre con su corona y su cetro. Y los ancianos y los jóvenes tomaron sus diferentes caminos sintiéndose felices.

Y cada uno de ellos se imaginó a sí mismo un rey con la corona en una mano y el cetro en la otra.

Sobre la arena

Dijo. un hombre a otro:

—Con la marea alta, hace mucho tiempo, escribí con mi cayado, unas líneas en la arena. Y la gente aún se detiene para leerlas y cuida mucho de que no se borren.

Y el otro hombre dijo:

—Yo también escribí unas líneas en la arena, pero lo hice durante la marea baja. Y las olas del inmenso mar las borraron y breve fue su vida. Pero dime; ¿qué fue lo que tú escribiste?

Y el primer hombre respondió:

—Escribí Soy lo que soy. ¿Y tú, qué escribiste?

Y el otro hombre dijo:

—Escribí esto: Soy sólo una gota de este mar inmenso.

Tres regalos

Cierta vez, en la ciudad de Becharre, vivía un amable príncipe, querido y honrado por todos sus súbditos.

Pero había un hombre, excesivamente pobre, que se mostraba amargo con el príncipe y movía continuamente su lengua, pestilente en sus censuras.

El príncipe lo sabía. Pero era paciente.

Por fin decidió considerar el caso. Y, una noche de invierno, un siervo del príncipe llamó a la puerta del hombre, cargando un saco de harina de trigo, un paquete de jabón y uno de azúcar.

—El príncipe te envía estos presentes como recuerdo —dijo el siervo.

Y el hombre se regocijó, pues creyó que las dádivas eran un homenaje del príncipe. Y, en su orgullo, fue en busca del obispo y le contó lo que el príncipe había hecho, agregando:

—¿No veis como el príncipe desea mi amistad?

—Pero el obispo respondió:

—¡Oh! Qué príncipe sabio y qué poco comprendes. El habla por símbolos. La harina es para tu estómago vacío; el jabón para tu sucia piel y el azúcar para endulzar tu amarga lengua.

Desde aquel día en adelante, el hombre sintió vergüenza hasta de sí mismo y su odio al príncipe se hizo mayor que nunca. Pero, a quien más odiaba era al obispo que interpretó la dádiva del príncipe.

Sin embargo, desde entonces guardó silencio.

Paz y guerra

Tres perros tomaban sol y conversaban.

El primer perro dijo entre sueños:

—Es realmente maravilloso vivir en estos días en que reinan los perros. Consideren la facilidad con que viajamos bajo el mar, sobre la tierra y aún en el cielo. Y mediten por un momento sobre las invenciones creadas para el confort de los perros para nuestros ojos, oídos y narices.

Y el segundo perro habló y, dijo:

—Comprendemos más el arte. Ladramos a la luna más rítmicamente que nuestros antepasados. Y cuando nos contemplamos en el agua vemos que nuestros rostros son más claros que los de ayer.

Entonces el tercero dijo:

—Pero lo que a mí más me interesa y entretiene mi mente es la tranquila comprensión existente entre los distintos estados caninos.

En ese momento vieron que el cazador de perros se acercaba.

Los tres perros se dispararon y se escabulleron calle abajo, y, mientras corrían, el tercer perro dijo:

—¡Por Dios! Corred por vuestras vidas. La civilización viene detrás nuestro.

La bailarina

Había una vez una bailarina que con sus músicos había arribado a la corte del príncipe de Birkaska. Y, admitida en la corte, bailó ante el príncipe al son del laúd y la flauta y la cítara.

Bailó la danza de las llamas, y la danza de las espadas y las lanzas; bailó la danza de las estrellas y la danza del espacio. Y, por último, la danza de las flores al viento.

Luego se detuvo ante el trono del príncipe y dobló su cuerpo ante él. Y el príncipe le solicitó que se acercara, y dijo:

—Hermosa mujer, hija de la gracia y del encanto, ¿desde cuándo existe tu arte? ¿Y cómo es que dominas todos los elementos con tus ritmos y canciones?

Y la bailarina, inclinándose nuevamente ante el príncipe, dijo:

—Poderosa y agraciada Majestad, desconozco la respuesta a tus preguntas. Sólo esto sé: el alma del filósofo habita en su cabeza; el alma del poeta en su corazón; mas, el alma de la bailarina late en todo su cuerpo.

Los dos ángeles

Una tarde dos ángeles se encontraron ante la puerta de una ciudad, se saludaron y conversaron.

—¿Qué estás haciendo en estos días y que trabajo te ha sido asignado? —preguntó un ángel.

—Me ha sido encomendada la custodia de un hombre caído en el pecado —respondió el otro—, que vive abajo en el valle, un gran pecador, el más depravado. Te aseguro que es una importante misión y un arduo trabajo.

—Esa misión es fácil —dijo el primer ángel—. He conocido muchos pecadores y he sido guardián numerosas veces. Mas, ahora me ha sido asignado un buen hombre que habita al otro lado de la ciudad. Y te aseguro que es un trabajo excesivamente difícil y demasiado sutil.

—Eso no es más que presunción —dijo el otro ángel ¿Cómo puede ser que custodiar a un santo sea más difícil que custodiar a un pecador?

—¿Qué impertinente llamarme presuntuoso! —respondió el primero—. He afirmado sólo la verdad. ¡Creo que tú eres el presuntuoso!

De ahí en más los ángeles riñeron y pelearon, al principio de palabra y luego con puños y alas.

Mientras peleaban apareció un arcángel. Los detuvo y preguntó:

—¿Por qué peleáis? ¿De qué se trata? ¿Acaso no sabéis que es impropio que los ángeles de la guarda se peleen frente a las puertas de la ciudad? Decidme: ¿por qué el desacuerdo?

Ambos hablaron al unísono, cada uno arguyendo que su trabajo era el más difícil y que les correspondía el premio mayor.

El arcángel sacudió la cabeza y meditó.

—Amigos míos, —les dijo—no puedo dilucidar ahora cuál de vosotros es el más merecedor de honor y recompensa. Pero, desde que se me ha dado poder, y en bien de la paz y del buen custodiar, doy a cada uno de vosotros el trabajo del otro, ya que insistís en que la ocupación del otro es la más fácil. Ahora marchaos lejos de aquí y sed felices en vuestros oficios.

Los ángeles, así ordenados, tomaron sus respectivos caminos. Pero cada uno volvía la cabeza mirando con gran enojo al arcángel. Y en sus corazones decían: "Oh, estos arcángeles! ¡Cada día vuelven la vida más y más difícil para nosotros los ángeles!"

Pero el arcángel se detuvo y una vez más se puso a meditar. Y dijo en su corazón: "Debemos en verdad, ser cautelosos y montar guardia sobre nuestros ángeles de la guarda".

La estatua

Cierta vez, entre las colinas vivía un hombre poseedor de una estatua cincelada por un anciano maestro. Descansaba contra la puerta cara al suelo. Y él nunca le prestaba atención.

Un día pasó frente a su casa un hombre de la ciudad, un hombre de ciencia. Y, advirtiendo la estatua, le preguntó al dueño si la vendería.

— ¿Quién desea comprar esa horrible y sucia estatua? —respondió el dueño, riéndose.

—Te daré esta pieza de plata por ella —dijo el hombre de la ciudad.

El otro quedó atónito, pero complacido.

La estatua fue trasladada a la ciudad sobre el lomo de un elefante. Y luego de varias lunas el hombre de las colinas visitó la ciudad y, mientras caminaba por las calles, vio a una multitud ante un negocio, y a un hombre que a voz en cuello gritaba:

—Acercaos y contemplad la más hermosa, la más maravillosa estatua del mundo entero. Solamente dos piezas de plata para admirar la más extraordinaria obra maestra.

Al instante, el hombre de las colinas pagó dos piezas de plata y entró en el negocio para ver la estatua que él mismo había vendido por una sola pieza de ese mismo metal.

El trueque

Una vez en el cruce de un camino, un Poeta pobre encontró a un rico Estúpido, y conversaron. Y todo lo que decían revelaba el descontento de ambos.

Entonces el Ángel del Camino se acercó y posó su mano sobre el hombro de los dos hombres. Y, creedlo, un milagro se produjo; ambos intercambiaron sus posesiones.

Y se alejaron. Pero, cosa difícil de relatar, el Poeta miró y encontró sólo arena seca en sus manos; y el Estúpido cerró sus ojos y sintió nada más que nubes en su corazón.

Amor y odio

Una mujer dijo a un hombre: —Te amo.

Y el hombre respondió: —Mi corazón se cree merecedor de tu amor.

Y la mujer habló: —¿No me amas?

Y el hombre sólo elevó sus ojos hacia ella y calló.

Entonces la mujer gritó: —Te odio.

Y el hombre dijo: —Pues, entonces, mi corazón también es merecedor de tu odio.

Sueños

Un hombre tuvo un sueño y, cuando despertó, visitó a un adivino y quiso que éste lo descifrara.

Y el adivino dijo al hombre:

—Ven a mí con los sueños que contemples en tus momentos despiertos y te explicaré sus significados. Pero los sueños de tu dormir no pertenecen ni a mi sabiduría ni a tu imaginación.

El loco

En el jardín de un hospicio conocí a un joven de rostro pálido y hermoso, allí internado.

Y sentándome junto a él sobre el banco, le pregunté:

—¿Por qué estás aquí?

Me miró asombrado y respondió:

—Es una pregunta inadecuada, sin embargo, contestaré. Mi padre quiso hacer de mí una reproducción de sí mismo; también mi tío. Mi madre deseaba que fuera la imagen de su ilustre padre. Mi hermana mostraba a su esposo navegante como el ejemplo perfecto a seguir. Mi hermano pensaba que debía ser como él, un excelente atleta. Y mis profesores como el doctor de filosofía, el de música y el de lógica, ellos también fueron terminantes, y cada uno quiso que fuera el reflejo de sus propios rostros en un espejo. Por eso vine a este lugar. Lo encontré más sano. Al menos puedo ser yo mismo.

Enseguida se volvió hacia mí y dijo:

—Pero dime, ¿te condujeron a este lugar la educación y el buen consejo?

—No, soy un visitante —respondí.

—Oh, —añadió él— tú eres uno de los que vive en el hospicio del otro lado de la pared.

Las ranas

Cierto día de verano una rana dijo a su compañero:

—Temo que la gente que vive en aquella casa de la costa esté molesta por nuestro canto.

Y su compañero respondió:

—Bueno, ¿acaso no nos molestan ellos con sus conversaciones durante nuestro silencio diurno?

—No olvidemos que a veces cantamos demasiado por la noche —dijo la rana.

—No olvidemos que ellos charlan y gritan mucho más durante el día —respondió su amigo.

Dijo entonces la rana:

—¿Y qué hay del escuerzo que molesta a todo el vecindario con su croar prohibido por Dios?

—Mas —replicó su amigo—, ¿qué me dices del político y el sacerdote y el científico que llegan a estas costas y pueblan el aire con molestos ruidos?

—Bien, —dijo entonces el primero— pero seamos mejores que estos seres humanos. Guardemos silencio por la noche y mantengamos las canciones en nuestros corazones, aún cuando la luna reclame nuestro ritmo y las estrellas nuestra rima. Al menos callemos por una noche, o dos, o aún por tres noches.

—Muy bien, —dijo su compañero— estoy de acuerdo. Veremos que nos trae después tu generoso corazón.

Aquella noche las ranas callaron y permanecieron silenciosas la noche siguiente y nuevamente la tercera noche.

Y, aunque resulte difícil de relatar, la mujer charlatana que vivía en la casa junto al lago bajó para el desayuno al tercer día y gritó a su marido:

—No he dormido estas tres noches. Me sentía segura durmiendo con el canto de las ranas en mis oídos. Pero algo debe haber sucedido. Pues, no han cantado por tres noches; y estoy casi medio loca por falta de sueño.

La rana oyó esto y volviéndose hacia su compañero, dijo guiñando un ojo:

—Y nosotros casi enloquecemos por nuestro silencio, ¿no es cierto?

Y su compañero respondió:

—Sí, el silencio de la noche pesaba sobre nosotros., y ahora me doy cuenta de que no es necesario cesar nuestro canto por la comodidad de aquellos que necesitan llenar su vacío con ruidos.

Y aquella noche la luna no reclamó vanamente sus ritmos, ni las estrellas sus rimas.

Las leyes

Años atrás existía un poderoso rey muy sabio que deseaba redactar un conjunto de leyes para sus súbditos. Convocó a mil sabios pertenecientes a mil tribus diferentes y los hizo venir a su castillo para redactar las leyes. Y ellos cumplieron con su trabajo.

Pero cuando las mil leyes escritas sobre pergamino fueron entregadas al rey, y luego de éste haberlas leído, su alma lloró amargamente, pues ignoraba que hubiera mil formas de crimen en su reino.

Entonces llamó al escriba, y con una sonrisa en los labios, él mismo dictó sus leyes. Y éstas no fueron más que siete.

Y los mil hombres sabios se retiraron enojados y regresaron a sus tribus con las leyes que habían redactado. Y cada tribu obedeció las leyes de sus hombres sabios.

Por ello es que poseen mil leyes aún en nuestros días. Es un gran país, pero tiene mil cárceles y las prisiones están llenas de mujeres y hombres, infractores de mil leyes. Es realmente un gran país, pero ese pueblo descende de mil legisladores y de un solo rey sabio.

Ayer, hoy y mañana

Dije a mi amigo: —Tú la ves descansado sobre el brazo de aquel hombre. Solo que ayer descansaba así sobre el mío.

Y mi amigo dijo: —Y mañana se posará sobre el mío. Dije: —Mírala sentada junto a él. Fue sólo ayer que se sentaba junto a mí.

Y él respondió: —Mañana se sentará a mi lado.

Dije: —Observa, bebe vino de su copa y ayer bebía de la mía.

Y él agregó: —Mañana lo hará de mi copa.

Entonces dije: —Mira como lo contempla con amor y con ojos entregados. Ayer mismo me contemplaba así.

Y mi amigo dijo: —Mañana me contemplará a mí.

Pregunté: —¿No la oyes murmurar canciones de amor en sus oídos? Las mismas canciones de amor que murmuraba en los míos.

Y mi amigo contestó: —Y mañana las susurrará en los míos.

Y dije: —Pero mira. Está abrazándolo. No fue sino ayer que me abrazaba a mí.

Y mi amigo dijo: —Me abrazará a mí mañana.

Entonces agregué: — ¡Qué mujer extraña!

Mas él me respondió: —Ella es como la vida, poseída por todos los hombres; y como la muerte, conquista a todos los hombres; y como la eternidad, envuelve a todos los hombres.

El filósofo y el remendón

Un filósofo llegó un día al taller de un zapatero remendón con unos zapatos gastados. Y el filósofo dijo al remendón:

—Por favor, remienda mis zapatos.

—Ahora estoy remendando zapatos de otros hombres —respondió éste—, y hay todavía más para reparar antes de que pueda ocuparme de los tuyos. Pero deja tus zapatos aquí, y usa este otro par por hoy, y ven mañana a buscar los tuyos.

—No uso zapatos que no son míos —protestó indignado el filósofo.

—Pues bien —dijo el remendón—, ¿en verdad eres tú un filósofo y no puedes calzarte con zapatos de otro hombre? Al final de esta calle hay otro remendón que comprende a los filósofos mejor que yo. Recurre a él para remiendos.

Los constructores

En Antioquía, donde el río Assi corre a encontrarse con el mar, se construyó un puente para acercar una mitad de la ciudad a la otra mitad. Fue construido con enormes piedras

cariadas desde lo alto de las colinas sobre el lomo de las mulas de Antioquía.

Cuando el puente fue terminado se grabó sobre el pilar en griego y en arameo: "Este puente fue construido por el Rey Antioco II".

Y toda la gente cruzó. el buen, puente sobre el manso río Assi.

Una tarde, un joven, tenido por algunos como un loco, descendió hasta el pilar donde se habían grabado las palabras, y las cubrió con carbón y escribió por encima: "Las piedras del puente fueron traídas desde las montañas por las mulas. Al pasar de ida o de vuelta sobre el puente están cabalgando sobre los lomos de las mulas de Antioquía, constructoras de este puente".

Y cuando la gente leyó lo que el joven había escrito, algunos se rieron y otros se maravillaron.

—Ah, sí —dijo uno—, sabemos quién hizo esto. ¿No es acaso un poco loco?

Pero una mula dijo, riéndose, a otra mula:

¿No recuerdas acaso que verdaderamente nosotras acarreamos esas piedras? Y, sin embargo, hasta ahora se decía que el puente lo había construido el Rey Antioco.

La tierra de Zaad

Camino a Zaad un viajero encontró a un hombre que vivía en una villa vecina; y el viajero, apuntando con su mano hacia una vasta extensión de tierra, preguntó al hombre diciendo:

—¿No fue éste el campo de batalla donde el Rey Ahlam venció a sus enemigos?

—Nunca ha sido un campo de batalla —respondió el hombre—. Una vez existió sobre esta tierra la gran ciudad de Zaad, incendiada hasta quedar cenizas. Pero ahora es tierra buena, ¿no es así?

Y el viajero y el hombre se separaron.

Casi media milla más lejos el viajero encontró a otro hombre y, señalando hacia el campo otra vez, dijo:

—Así que allí es donde la gran ciudad de Zaad se estableció una vez.

—Jamás existió ciudad alguna en este lugar —respondió el hombre—. Pero sí hubo un monasterio que fue destruido por la gente del País del Sur.

Un rato más tarde, en la misma ruta a Zaad, el viajero encontró a un tercer hombre, y apuntando otra vez hacia la tierra dijo:

—¿Es verdad que ese es el lugar donde una vez hubo un gran monasterio?

—Nunca existió un monasterio en los alrededores —respondió el hombre—, pero según nuestros padres y antepasados una vez cayó un gran meteoro sobre el campo.

El viajero continuó su camino, admirándose en su corazón. Y encontró a un hombre muy anciano y, saludándolo le dijo

—Señor, caminando esta ruta encontré a tres hombres que habitan el vecindario y les pregunté a cada uno la historia de esta tierra, y cada uno denegó lo que el otro había contestado, y a su vez cada uno me contaba una nueva historia que el otro ni había mencionado.

—Amigo mío —respondió el anciano elevando su cabeza—, cada uno y los tres te contestó lo que en realidad fue; pero muy pocos de nosotros estamos capacitados para agregar afirmaciones a otras afirmaciones diferentes y

construir una verdad de ahí en más.

El oro

Cierto día, dos hombres que se encontraron en la ruta caminaban junto hacia Salamis, la Ciudad de las Columnas. Al mediodía llegaron hasta un ancho río sin puente para cruzarlo. Debían nadar o buscar alguna otra ruta que desconocían.

Y se dijeron: "Nademos. Después de todo el río no es tan ancho". Y se zambulleron y nadaron.

Y uno de los hombres, el que siempre supo de ríos y rutas de ríos, de pronto, en el medio de la corriente, comenzó a perderse y a ser arrastrado por las impetuosas aguas; mientras, el otro, que nunca antes había nadado, cruzó el río en línea recta y se detuvo sobre un banco. Entonces, viendo a su compañero luchando aún con la corriente, se arrojó otra vez al agua y lo trajo a salvo hasta la orilla.

Y el hombre que había sido arrastrado por la corriente dijo:

—¿No habías dicho que no podías nadar? ¿Cómo es que cruzaste el río con tanta seguridad?

—Amigo —explicó el segundo hombre—, ¿ves este cinturón que me ciñe? Está lleno de monedas de oro que gané para mi esposa y mis hijos, todo un año de trabajo. Es el peso de este

cinturón el que me condujo a través del río, hacia mi esposa y mis hijos. Y mi esposa y mis hijos estaban sobre mis hombros mientras yo nadaba.

Y los dos hombres continuaron su camino juntos hacia Salamis.

La tierra roja

Dijo un árbol a un hombre: —Mis raíces habitan en lo profundo de la tierra roja, y te daré mi fruto.

Y el hombre dijo al árbol: — ¡Qué parecidos somos! Mis raíces también habitan en la profundidad de la tierra roja. Y la tierra roja te da poder para concederme tu fruto y la tierra roja me enseña a recibir de ti con agradecimiento.

La luna llena

La luna llena se elevó gloriosa sobre el pueblo, y todos los perros de ese pueblo comenzaron a ladrarle.

Sólo un perro no ladró y dijo a los otros con voz grave: —No despertéis el sosiego de su sueño, ni atraigáis a la luna hacia la tierra con vuestros ladridos.

Entonces todos los perros cesaron de ladrar, creando un terrible silencio. Mas, el perro que les había hablado continuó ladrando pidiendo silencio durante el resto de la noche.

El profeta ermitaño

Hubo una vez un profeta ermitaño que cada tres lunas bajaba hasta la ciudad y en las plazas del mercado predicaba el dar y compartir entre la gente. Y era elocuente y su fama se expandía por sobre la tierra.

Una tarde, tres hombres llegaron a su ermita y lo saludaron.

—Tú predicas el dar y compartir —le dijeron—. Y buscas enseñar a quienes tienen mucho para dar a los que poseen poco; y no dudamos que tu fama te ha brindado riquezas. Ahora ven y danos de tus riquezas, pues somos necesitados.

—Amigos míos —les contestó el ermitaño—, no tengo más que esta cama, esta estera y esta jarra de agua. Lleváoslo si así lo deseáis. No tengo ni oro ni plata.

Entonces lo miraron desdeñosos y dieron vuelta sus caras, y el último hombre se detuvo en la puerta un momento y gritó:

—¡Impostor! ¡Embustero! Tú enseñas y predicas aquello que tú mismo no practicas.

Aquel viejo, viejo vino

Hubo una vez un hombre rico muy orgulloso de su bodega y del vino que allí había; y también había una vasija con vino añejo guardada para alguna

ocasión sólo conocida por él.

El gobernador del estado llegó a visitarlo, y aquél, luego de pensar se dijo: "Esa vasija no se abrirá por un simple gobernador".

Y un obispo de la diócesis lo visitó, pero él dijo para sí: "No, no destaparé la vasija. El no apreciará su valor, ni el aroma regodeará su olfato".

El príncipe del reino llegó y almorzó con él. Mas éste pensó: "Mi vino es demasiado majestuoso para un simple príncipe".

Y aún el día en que su propio sobrino se desposara, se dijo: "No, esa vasija no debe ser traída para estos invitados". Y los años pasaron, y él murió siendo ya viejo, y fue enterrado como cualquier semilla o bellota.

El día después de su entierro tanto la antigua vasija de vino como las otras fueron repartidas entre los habitantes del vecindario. Y ninguno notó su antigüedad.

Para ellos, todo lo que se vierte en una copa es solamente vino.

Dos poemas

Varios siglos atrás, camino a Atenas, se encontraron dos poetas, y les alegró verse.

Uno de ellos le preguntó al otro:

—¿Qué has compuesto últimamente, y cómo suena en tu lira?

El otro poeta respondió como orgullo:

—Acabo de terminar el más grande de mis poemas, quizás el más grande poema que se haya escrito en Grecia. Es una invocación a Zeus Olímpico. — Entonces extrajo de abajo de su capa un papiro diciendo: —Helo aquí, lo llevo conmigo, y desearía leértelo. Ven, sentémonos a la sombra de aquel ciprés blanco.

Y el poeta leyó su poema. Y era— un extenso poema.

—Es un gran poema —dijo el otro poeta amablemente—. Vivirá a través de los años, y en él serás glorificado.

—Y tú, ¿qué has escrito durante estos últimos días? —preguntó con calma el primero.

—He escrito poco —respondió el otro—. Sólo ocho líneas en memoria de un niño jugando en un jardín. —Y recitó sus líneas.

—No está mal. No está mal —comentó el primer poeta. Y se separaron.

Y hoy, luego de dos mil años, las ocho líneas del poeta son leídas en todos los idiomas, y son amadas y apreciadas. Y aún cuando el otro poema ha vivido también a través de los años en librerías y en los textos escolares, y a pesar de ser recordado, ni es amado ni leído.

Lady Ruth

Una vez hubo tres hombres que miraban desde lejos hacia una casa blanca que se erguía solitaria sobre una verde colina. Uno de ellos dijo:

—Aquella es la casa de Lady Ruth. Es una vieja bruja.

—Te equivocas —dijo el segundo hombre—, Lady Ruth es una hermosa mujer que vive allí consagrada a sus sueños.

—Ambos se equivocan —dijo el tercero—. Lady Ruth es la arrendataria de esta vasta tierra y extrae sangre de sus siervos.

Y continuaron su camino discutiendo acerca de Lady Ruth.

Cuando llegaron a un cruce encontraron a un anciano y uno de ellos le preguntó:

—¿Podrías contarnos algo sobre Lady Ruth, la que habita aquella casa blanca sobre la colina?

El anciano levantó la cabeza y sonriendo dijo:

—Tengo noventa años y recuerdo a Lady Ruth desde niño. Pero Lady Ruth falleció ochenta años atrás. Y ahora la casa está vacía. Los búhos anidan en ella algunas veces, y la gente dice que el lugar está embrujado.

El gato y el ratón

Cierta tarde un poeta conoció a un campesino. El poeta era esquivo y el campesino tímido, pero conversaron.

—Déjame contarte una pequeña historia que escuché últimamente —dijo el campesino—. Un ratón fue apresado en una trampa. Y mientras comía feliz el queso que allí había, un gato se detuvo al lado de él. El ratón tembló un instante, pero sabía que en la trampa se hallaba seguro.

—¿Estás comiendo tu último alimento, amigo? —dijo el gato.

—Sí —contestó el ratón—, una vida tengo, por lo tanto una muerte. Mas, ¿qué hay de ti? Me dicen que posees nueve vidas. ¿No significa eso que posees nueve veces?

Entonces el campesino miró al poeta y dijo:

—¿No es una historia extraña?

El poeta no contestó, pero se fue diciendo dentro de sí: —En verdad, tenemos nueve vidas, nueve vidas para estar seguros. Y moriremos nueve veces, y nueve veces moriremos. Quizá fuera mejor poseer sólo una vida —apresada en una trampa—, la vida de un campesino con un trozo de queso como última comida. Pues acaso, ¿no pertenecemos a la estirpe de los leones del desierto y de la jungla?

La maldición

Una vez me dijo un viejo hombre de mar:

—Treinta años ha, un marinero escapó con mi hija. Y maldije en mi corazón a ambos, pues amaba a mi hija más que a nada en el mundo.

No mucho después el joven marino se hundió con su barco hasta el fondo del mar y con él mi hija amada, perdiéndose de mí.

Y ahora vedme como el asesino de un joven y una esposa. Fue mi maldición que los destruyó. Y ahora en camino hacia mi tumba busco el perdón de Dios.

Esto dijo el anciano. Mas, sus palabras sonaban petulantes, y parece que aún se enorgullecía del poder de su maldición.

Las granadas

Había una vez un hombre poseedor de varios granados en su huerta. Y todos los otoños colocaba las granadas en bandejas de plata fuera de su morada, y sobre las bandejas escribía un cartel que decía así: "Tomad una por nada. Sois bienvenidos".

Mas la gente pasaba sin tomar la fruta.

Entonces, el hombre meditó, y un otoño no dejó granadas en las bandejas

de plata fuera de su morada, sino que colocó un gran anuncio: "Tenemos las mejores granadas de la tierra, pero las vendemos por más monedas de plata que cualquier otra granada".

Y, creedlo, todos los hombres y mujeres del vecindario llegaron corriendo a comprar.

Tres dioses y ninguno

En la ciudad de Kilafis un sofista se paró sobre los escalones del Templo y predicó sobre varios dioses. Y el pueblo dijo en sus corazones: "Sabemos todo esto. ¿Acaso no vive con nosotros y nos siguen doquiera que vayamos?"

No mucho después, otro hombre de pie en la plaza del mercado habló así a la gente:

—Dios no existe.

Y varios de los que escuchaban se alegraron con sus relatos, pues temían a los dioses.

Y un día llegó un hombre muy elocuente y dijo:

—Sólo existe un Dios.

Y entonces todo el pueblo se acongojó, pues en sus corazones temían al juicio de un Dios más que al de varios dioses. Por aquella misma época apareció otro hombre y dijo al pueblo:

—Hay tres dioses y habitan en el viento como uno solo, y tienen una grande y agraciada madre que' es a la vez su compañera y hermana.

Entonces todos se sintieron reconfortados, pues en secreto se decían: "Tres dioses en uno deben desaprobar nuestras fallas, pero también su agraciada madre será seguramente la abogada de nuestras pobres debilidades".

Aún hoy día en la ciudad de Kilafis, hay quienes pelean y discuten entre sí sobre la existencia de varios dioses y ninguno, y sobre un dios y tres dioses en uno y acerca de cierta agraciada madre de los dioses.

La que era sorda

Había una vez un hombre rico desposado con una joven sorda por completo.

Una mañana, mientras desayunaban, ella le dijo:

—Ayer visité el mercado y exhibían vestidos de seda de Damasco, velos de la india, collares de Persia y brazaletes de Yemmen. Parece que las caravanas acaban de traer todo eso

a nuestra ciudad. Y ahora mírame, yo en harapos, siendo la esposa de un hombre rico. Debo comprar alguno de esos hermosos objetos.

—Querida —contestó el esposo, aún ocupado con su café

matinal— no existe razón alguna por la cual tú no vayas al mercado y compres todo lo que tu corazón desee.

— ¡No! —protestó la esposa sorda—. Siempre dices no, no. ¿Es necesario que aparezca en harapos ante nuestros amigos, avergonzando así a tu fama y a mi gente?

—No he dicho que no —dijo el esposo—; puedes ir libremente a la plaza del mercado y comprar la vestimenta más hermosa y las joyas que hayan llegado a nuestra ciudad.

Pero otra vez la esposa equivocó la lectura de sus palabras y replicó:

—De todos los hombres ricos tú eres el más miserable. Me niegas toda belleza y hermosura mientras las otras mujeres de mi edad caminan por los jardines de la ciudad ataviadas con ricos vestidos. —Y comenzó a llorar. Y mientras sus lágrimas caían sobre su pecho gritó otra vez: —Tú siempre me dices no, no, cuando deseo un vestido o una joya.

Entonces el esposo, conmovido, se levantó y sacando de su bolsa un puñado de oro, se lo entregó y con dulzura le dijo:

—Ve al mercado, querida mía, y compra todo lo que desees.

Desde ese día la joven y sorda esposa cada vez que deseaba algo aparecía ante su esposo con una perlada lágrima en los ojos, y él en silencio tomaba un puñado de oro y lo ponía sobre sus faldas.

Pero ocurrió que la joven se enamoró de un joven cuyo hábito era realizar largos viajes. Y cuando él partía ella se sentaba a llorar.

Cuando el esposo la hallaba llorando decía en su corazón: "Debe haber llegado una nueva caravana con prendas de seda y joyas raras".

Y sacaba otro puñado de oro y se lo entregaba.

La búsqueda

Mil años atrás dos filósofos se encontraron en la cuesta del Líbano y uno dijo al otro: —¿Hacia dónde te diriges?

—Busco la fuente de la juventud —respondió el otro— que se halla entre estas colinas. He encontrado escritos donde cuenta sobre la fuente floreciendo en dirección al sol. Y tú ¿qué buscas?

—Busco el misterio de la muerte —contestó el primero. Entonces cada uno pensó que el otro estaba falto de grandes conocimientos y comenzaron a discutir y a acusarse de ceguera espiritual.

Mientras los filósofos discutían al viento, un extranjero un hombre considerado tonto en su propia ciudad, pasó por allí, y cuando oyó a los hombres en ardiente disputa se detuvo por un momento y escuchó sus argumentos.

Luego acercándose les dijo:

—Mis buenos amigos, realmente ambos pertenecéis a la misma escuela filosófica y habláis sobre lo mismo, sólo que usáis palabras diferentes. Uno de vosotros busca la fuente de la juventud, y el otro el misterio de la muerte. Sólo son una misma cosa y como una habitan ambas en vosotros —y se apartó diciendo: —Hasta siempre, sabios.

Y alejándose se reía con complaciente risa.

Los dos filósofos se miraron en silencio por un momento y luego también ellos rieron. Y uno de los dos dijo:

—Y bien, ¿por qué no caminamos y buscamos juntos?

El cetro

Dijo un rey a su esposa: —Señora, tú no eres verdaderamente una reina. Eres demasiado vulgar y poco graciosa para ser mi compañera.

Dijo su esposa: —Señor, tú te consideras rey pero eres solamente un pobre parlanchín.

Estas palabras enfurecieron, al rey y tomó el cetro con sus manos, y golpeó la frente de la reina con el cetro de oro. En ese momento el ayuda de cámara apareció y dijo:

— ¡Está bien, está bien, Su Majestad! Ese cetro fue creado por el más grande artista de la tierra. ¡Ay de mí! Algún día tú y la reina serán olvidados,

pero este cetro permanecerá como cosa bella de generación en generación. Y ahora que has extraído sangre de la cabeza de Su Majestad, Señor, el cetro será el más famoso y recordado.

La senda

Una mujer y su hijo vivían entre las colinas; este era su primer y único hijo.

El niño murió de una fiebre mientras el médico lo vigilaba.

La madre, destruida por la tristeza, gritó al médico diciendo:

—Dime, dime, ¿qué es lo que hizo aquietar su fortaleza y silenciar su canción?

Y el médico respondió: —Fue la fiebre. Y la madre dijo: —¿Qué es la fiebre?

Y también el médico respondió: —No puedo explicártelo. Es algo infinitamente pequeño que visita el cuerpo y que no podemos ver con nuestros ojos humanos.

Luego el médico se fue y ella continuó repitiendo para sí:

—Algo infinitamente pequeño que no podemos ver con nuestros ojos humanos.

Por la tarde el sacerdote llegó para consolarla. Y ella lloró y gritó diciendo:

— ¡Oh! ¿Por qué he perdido a mi hijo, mi único hijo, mi primer hijo? —Y el sacerdote respondió: —Hija mía, es la voluntad de Dios.

—¿Qué es Dios y dónde está Dios? —preguntó entonces la mujer—. Quiero ver a Dios y rasgarme el pecho delante de Él y hacerme brotar sangre de mi corazón a sus pies. Dime dónde encontrarlo.

—Dios es infinitamente grande —contestó el sacerdote— No puede ser visto con nuestros ojos humanos.

—¡Lo infinitamente pequeño asesinó a mi hijo por voluntad de lo infinitamente grande! —gritó la mujer—. Dime, ¿qué somos nosotros?

En ese momento entró la madre de la mujer con el sudario para el niño muerto, y oyó las palabras del sacerdote y el llanto de su hija. Deposito el sudario y tomó entre sus manos la mano de su hija y le dijo:

—Hija mía, nosotros mismos somos lo infinitamente pequeño y lo

infinitamente grande, y somos la senda entre ambos.

La ballena y la mariposa

Una tarde un hombre y una mujer se encontraron dentro de una diligencia. Se habían conocido antes.

El hombre era un poeta, y, cuando se hubo sentado junto a la mujer, decidió entretenerla con cuentos, algunos tramados por él y otros que no eran propios.

Pero mientras él hablaba la dama se durmió. De pronto la diligencia se sacudió y ella, despertándose, dijo:

—Admiro tu interpretación de la fábula de Jonás y la ballena.

Y el poeta dijo:

— ¡Pero, Señora, os he estado contando una de mis historias sobre una mariposa y una rosa blanca y de cómo se comportaba una con la otra!

Paz contagiosa

Una rama en flor dijo a su rama vecina:

—Éste es un día aburrido y vacío.

Y la otra rama respondió:

—Sí, realmente un día vacío y aburrido.

En ese momento un gorrión voló sobre una de las ramas y luego otro se posó muy cerca.

Y uno de los gorriones gorjeando dijo: —Mi compañera me ha abandonado. El otro gorrión lloró:

—Mi compañera también ha partido para no regresar. Pero, ¿qué me importa?

Entonces los dos comenzaron a chillar y regañarse y pronto se hallaron peleando y llenando de desagradables ruidos el aire.

De pronto, otros dos gorriones bajaron del cielo y se sentaron tranquilos junto a los dos inquietos. Y hubo calma y hubo paz.

Y los cuatro se alejaron volando juntos en pareja.

La primera rama dijo a su vecina:

—¡Qué barullo terrible!

—Y la otra rama respondió:

—Llámalo como quieras, ahora todo está pacífico y despejado. Y si los altos 'aires hacen las paces creo que aquellos que habitan en lo bajo deben hacer las paces también. ¿No podrías balancearte con el viento un poco más cerca de mí?

Y la primera rama dijo:

—Oh, quizás en bien de la paz, antes de que la primavera se haya ido, lo haré.

Y luego él mismo se balanceó con el fuerte viento para abrazarla.

La sombra

Cierto día de junio la hierba dijo a la sombra de un olmo:

—Te mueves tan seguido de derecha a izquierda que perturbas mi paz.

—Yo no, yo no —respondió la sombra—. Mira hacia el cielo. Verás un árbol que se mueve por el viento de Este a Oeste entre el Sol y la Tierra.

Y la hierba elevó la mirada y por primera vez observó el árbol. Y dijo, en su corazón:

—¿Por qué, pues, existe una hierba más alta que yo?

Luego calló.

Setenta

El joven poeta dijo a la princesa:

—Te amo.

—Yo también te amo, hijo mío —dijo la princesa.

—Yo no soy tu hijo. Soy un hombre y te amo.

—Soy la madre de hijos e hijas —respondió ella—, y ello; son padres y

madres de hijos e hijas; y uno de los hijos de mis hijos es mayor que tú.

El joven poeta protestó: —Pero te amo.

No mucho después la princesa murió. Mas, antes de que su último suspiro fuera recibido nuevamente por el gran suspiro de la tierra, ella dijo desde su alma:

—Mi bien amado, mi único hijo, mi joven poeta, llegará el día en que nos encontremos de nuevo y yo no tendré setenta años.

Con Dios

Dos hombres paseaban por el valle y uno, señalando hacia la montaña, dijo:

—¿Ves esa ermita? Allí vive un hombre que hace ya mucho tiempo se divorció del mundo. Busca a Dios y a nada más sobre la tierra.

—No encontrará a Dios —dijo el otro hombre— hasta que no abandone su ermita y la soledad que lo envuelve, y regrese a nuestro mundo a compartir nuestra alegría y dolor, a bailar con nuestras bailarinas en las fiestas de esponsales, y a llorar junto a aquellos que lloran alrededor del ataúd de nuestros muertos.

Y el otro hombre se convenció en su corazón, mas, pese a ello, respondió:

—Concuerdo con lo que tú dices, mas creo que el ermitaño es un buen hombre. Y ¿no podría ser que un solo buen hombre con su ausencia obrara mayores bienes que la aparente bondad de tantos hombres?

El río

En el valle de Kadisha, donde fluye el majestuoso río, dos pequeñas corrientes se encontraron y conversaron.

Una corriente dijo:

—¿Cómo has llegado, amiga mía, y cómo ha sido tu camino?

Y la otra contestó:

—Mi camino fue de lo más embarazoso. La rueda del molino se había roto y el granjero que me conducía desde el cauce hasta sus plantas murió. Y hube

de bajar forcejeando y filtrándome por la suciedad de aquellos que no hacen nada más que sentarse y cocer su pereza al sol. ¿Y cómo fue tu camino, hermana mía?

—Mi camino fue diferente —respondió la otra corriente—. Bajé de las colinas entre flores fragantes y tímidos sauces; hombres y mujeres bebían de mí con copas de plata y los niños remojaban sus piecitos rosados en mis orillas, y todo era risa alrededor de mí, y dulces canciones. ¡Qué pena que tu camino no haya sido feliz!

En ese momento el río habló con voz potente:

—Venid, venid, iremos hacia el mar. Venid, venid, pues en mí olvidaréis vuestros caminos errantes, tristes o alegres. Venid, venid. Y vosotros y yo olvidaremos todo cuando hayamos alcanzado el corazón de nuestra madre, la mar.

Los dos cazadores

Cierto día de mayo Alegría y Tristeza se encontraron a orillas de un lago. Saludáronse y se sentaron junto a las tranquilas aguas y conversaron.

Alegría habló sobre la belleza que reina sobre la tierra, del cotidiano encanto de la vida en el bosque y entre las colinas, y de las canciones escuchadas al amanecer y al anochecer.

Y Tristeza estuvo de acuerdo con todo lo que Alegría había dicho; pues Tristeza conocía la magia de la hora y la belleza de aquellas cosas. Y Tristeza habló con elocuencia cuando se refirió a los campos y a las colinas de mayo. Alegría y Tristeza conversaron un largo rato y estuvieron de acuerdo con todas las cosas que conocían.

En ese momento pasaban por la otra orilla dos cazadores. Miraron hacia la otra ribera y uno dijo:

—Me pregunto quiénes son esas dos personas.

Y el otro dijo: —¿Has dicho dos? Yo veo sólo a una.

El primer cazador respondió: —Pero si hay dos.

Y el segundo: —Según veo yo hay una sola, y el reflejo del lago es sólo uno.

—No, hay dos —respondió el primer cazador—. Y el reflejo sobre las aguas tranquilas muestra a dos personas. Pero el segundo repitió: —Sólo veo a

una.

Y el otro: —Veo a dos personas, y muy claramente.

Y, aún hoy día, un cazador dice que el otro ve doble; mientras que el otro repite: "Mi amigo es algo ciego".

El otro vagabundo

Una vez encontré a otro hombre en el camino. Él también era un poco loco, y me habló así:

—Soy un vagabundo. Muchas veces parece que caminara por la tierra en medio de pigmeos. Y porque mi cabeza está a setenta pies más lejos de la tierra que las suyas, creo pensamientos más elevados y más libres.

Pero en verdad no camino entre los hombres sino sobre ellos. Y todo lo que pueden ver de mí son mis pisadas en sus campos abiertos.

Y varias veces los escuché discutir sobre la forma y tamaño de mis pisadas. Pues, hay algunos que dicen: "Son las huellas de un mamut que vagara por la tierra tiempo ha." Y otros dicen: "No, son lugares donde cayeron meteoros desde las estrellas distantes."

Pero tú, amigo mío, sabes muy bien que no son nada más que pisadas de un vagabundo.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es